

## LA REVOLUCION MEXICANA EN LA NOVELA

POR

SILVIA LORENTE-MURPHY  
*Purdue University, North Central*

Una revolución siempre supone un cambio radical, es decir, la sustitución de un sistema de gobierno por otro que se le opona y, de alguna manera, lo supera históricamente. En ese sentido, la Revolución Francesa sería el ejemplo más acabado de lo que implica el término, ya que la burguesía desplazó a la aristocracia feudal e instauró una forma de vida completamente distinta y socialmente superior. En México, aunque cronológicamente se la identifique con la caída de Porfirio Díaz en 1910, la Revolución, de hecho, nunca se concretó ya que no hubo un real cambio en las estructuras de gobierno, y tan sólo en una mínima parte se cumplió con las premisas revolucionarias.

La revolución en México se manifiesta como un movimiento de insurgencia por la tierra<sup>1</sup>, de emancipación económica y de afirmación de la nacionalidad<sup>2</sup>. El

---

<sup>1</sup> "El problema más grave de México en cuanto a la propiedad territorial, desde los principios del siglo XVIII hasta mediados del XIX, consistía en las grandes y numerosas fincas del clero en aumento año tras año y sin cabal aprovechamiento. Propiedades amortizadas, de 'manos muertas' que sólo en muy raras ocasiones pasaban al dominio de terceras personas. Constituían, pues, enormes riquezas estancadas sin ninguna o casi ninguna circulación". Jesús Silva Herzog, *Breve Historia de la Revolución Mexicana* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1969), p.7.

<sup>2</sup> "Como resultado de las leyes de colonización ... (1875 y ampliada en 1883 se traen colonos extranjeros a trabajar la tierra con nuevos y más aventajados métodos de cultivo), 27.500.000 hectáreas fueron a pasar a manos de colonos extranjeros quedando solamente 4.700.000 hectáreas a favor de la nación ... Todavía de 1890 a 1906, año este último en que fueron disueltas las compañías, deslindaron 16.800.000 hectáreas, quedándose con la mayor parte de las tierras los socios de tan lucrativo negocio, cuyo número había ascendido a cincuenta en los comienzos de este siglo. Por el mismo camino de los deslindes, uno de los socios adquirió en Chihuahua, 7.000.000 de hectáreas; otro, en Oaxaca, 2.000.000; dos socios en Durango 2.000.000 y cuatro en Baja California, 11.500.000. De manera que ocho individuos se hicieron propietarios de 22.500.000 hectáreas, hecho sin precedente en la historia de la propiedad territorial", *ibid*, p. 10.

campesinado, en manos de terratenientes y caciques, une su inquietud a la de la naciente clase obrera carente de una legislación que defendiera sus derechos, y a la clase media descontentada de un cambio en el gobierno de privilegiados de Porfirio Díaz. Otra circunstancia que favoreció el desarrollo de la Revolución fue la situación internacional del gobierno de Díaz: la consolidación del capitalismo europeo en México provocó recelos en los Estados Unidos, que si bien no tuvieron intervención directa en la Revolución, toleraron en su territorio la acción política de los revolucionarios, aunque posteriormente, después de la caída de Díaz, agredieron a México repetidas veces en un movimiento expansionista<sup>3</sup>.

Se caracteriza la Revolución Mexicana, sin embargo, por carecer, desde el comienzo, de una ideología integral directriz y por responder, más que a un programa planeado, a impulsos largamente postergados<sup>4</sup>. Gradualmente, el movimiento de contenidos sociales, ampliamente justificado en un principio, degenera en un régimen acomodaticio que fomenta la usura, la violencia y la represión y en un juego sangriento donde el revolucionario trueca sus aspiraciones de reforma social por el apetito personal de enriquecerse y ser más poderoso:

—¡Qué hermosa es la Revolución aun en su misma barbarie!—

dice un personaje de *Los de abajo*, novela de Mariano Azuela escrita y publicada en 1915, y agrega:

—Lástima que lo que falta no sea igual. Hay que esperar un poco. A que no haya combatientes, a que no se oigan más disparos que los de las turbas entregadas a las delicias del saqueo; a que resplandezca diáfana, como una gota de agua, la psicología de nuestra raza, condensada en dos palabras: ¡robar, matar! ...<sup>5</sup>

Aunque en 1920 cesan las luchas armadas, el estado de anarquía, desequilibrio y caudillismo imperante, se prolonga por muchos años y se asiste al asesinato de

<sup>3</sup> Véase Domingo Miliani, *La realidad mexicana en su novela de hoy* (Caracas: Monte Avila Editores, C. A., 1968), p. 30 y Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980), pp. 124 y ss.

<sup>4</sup> "Distingue a nuestro movimiento la carencia de un sistema ideológico previo y el hambre de tierras. Los campesinos mexicanos hacen la Revolución no solamente para obtener mejores condiciones de vida, sino para recuperar las tierras que en el transcurso de la colonia y del siglo XIX le habían arrebatado encomenderos y latifundistas", Octavio Paz, *op. cit.*, p.127.

<sup>5</sup> Mariano Azuela, *Los de abajo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1976), p. 72.

líderes o candidatos que podían entorpecer las maquinaciones políticas del grupo más poderoso<sup>6</sup>.

A partir de Calles (1924-1928), que funda el Partido Revolucionario Nacional, el poder pasa progresivamente a manos de una burguesía nacionalista asociada, más tarde, al capitalismo extranjero:

El imperialismo no nos dejó acceder a la “normalidad histórica” y las clases dirigentes de México no tienen más misión que colaborar, como administradoras o asociadas, con un poder extraño. Y en esta situación de ambigüedad histórica reside el peligro de un nuevo neo-porfirismo. Banqueros e intermediarios pueden apoderarse del Estado. Su función no sería diversa de la de los latifundistas porfirianos; como ellos, serían herederos de un movimiento revolucionario: gobernarían al país con la máscara de la Revolución, como Díaz lo hizo con la del liberalismo. Sólo que en esta ocasión sería difícil echar mano de una filosofía que cumpla la función del positivismo<sup>7</sup>.

En 1934, sin embargo, Lázaro Cárdenas imprime al Partido un genuino contenido revolucionario, constructivo, al proponerse las dos conquistas mayores de la Revolución: poner en vigencia las leyes de Reforma y nacionalizar el petróleo. Durante su gobierno, el Partido pasa a llamarse Partido de la Revolución Mexicana, pero con el General Manuel Avila Camacho (1940-1946) la máquina electoral se rebautiza y toma el nombre de Partido Revolucionario Institucional, en un intento de demostrar que la Revolución había triunfado y que se trataba ahora de una institución sagrada. No obstante, la falta de concisión en los objetivos revolucionarios durante este gobierno y el posterior de Miguel Alemán (1946-1952), trajo como resultado adulteraciones y cambios que desembocaron en un desencanto colectivo, una atomización de los sindicatos y gremios, divisiones múltiples de los partidos políticos y retroceso de las conquistas sociales. Se vuelve al latifundismo, al derroche de dinero y al usufructo bajo la protección de un “nacionalismo” que no admite ningún tipo de crítica o revisión<sup>8</sup>. Domingo Miliani

<sup>6</sup> El tétrico panorama político de los años veinte en México está reflejado de manera cabal en *La sombra del caudillo* (1929), de Martín Luis Guzmán. Allí se describe un crimen real y típico.

<sup>7</sup> Octavio Paz, *op. cit.*, p.132.

<sup>8</sup> “La indefinición de objetivos revolucionarios condujo la lucha a las adulteraciones y desviaciones cuyos frutos póstumos son evidentes: un estado de desencanto colectivo, una atomización de las organizaciones gremiales y sindicales, una pluridivisión de los partidos políticos, un retroceso en las conquistas sociales, bajo excusa de industrialización, de ‘proteccionismo’ con métodos que a nosotros nos son ya familiares: los del ensamblaje de maquinarias extranjeras so pretexto de incrementar la capacidad del empleo para la mano de obra nacional”, Domingo Miliani, *op. cit.*, p.32.

observa que hasta algo muy positivo al principio, como fue la creación de una conciencia nacionalista para fortalecer la resistencia a la penetración norteamericana, arrastró consigo los resultados funestos de una posición de autosuficiencia excesiva y aislamiento cultural<sup>9</sup>.

Mientras tanto, los problemas sociales candentes por los que se había iniciado la Revolución, permanecían intactos<sup>10</sup>. “La Revolución Mexicana ha muerto sin resolver nuestras contradicciones”, afirma Octavio Paz<sup>11</sup> y agrega:

... no hemos logrado ni con mucho, todo lo que era necesario e indispensable. No tenemos una industria básica, aunque contamos con una naciente siderurgia; no fabricamos máquinas que fabriquen máquinas y ni siquiera hacemos tractores; nos faltan todavía caminos, puentes, ferrocarriles; le hemos dado la espalda al mar: no tenemos puertos, marina e industria pesquera; nuestro comercio exterior se equilibra gracias al turismo y a los dólares que ganan en los Estados Unidos nuestros “braceros” ... y algo más decisivo: a pesar de la legislación nacionalista, el capital norteamericano es cada día más poderoso y determinante en los centros vitales de nuestra economía. En suma, aunque empezamos a contar con una industria, todavía somos, esencialmente, un país productor de materias primas. Y esto significa: dependencia de las oscilaciones del mercado mundial, en lo exterior; y en lo interior: pobreza, diferencias atroces entre la vida de los ricos y los desposeídos, desequilibrio<sup>12</sup>.

La Revolución es; en efecto, una acción fallida, que nunca se concretó, aunque históricamente haya que darla por concluida. Hoy se nos aparece como una penosa marcha que se inició hace ya más de setenta años, que causó numerosísimos muertos y que continúa lentamente “domesticada por sus propios guardianes”, tal

---

<sup>9</sup>“Hasta un factor positivo, al comienzo, como mecanismo de defensa contra la penetración norteamericana, cual fue el de crear una conciencia nacionalista en el pueblo y en sus intelectuales —con la filosofía del ser mexicano— llegó a hipertrofiarse a tal punto, que engendró, en el fondo, una posición de autosuficiencia: la imagen del ‘collage’ con que empezó a hablarse. Pero también sobrevino un elemento negativo de considerable gravedad: un aislamiento cultural, advertido por Samuel Ramos, y del que los nuevos artistas e intelectuales intentan sacudirse furiosamente”, *ibid*, pp.35-36.

<sup>10</sup> “En 1956 se estimó que más del 60 por 100 de sus habitantes (de México) estaban mal nutridos y deficientemente alojados y abrigados; el 40 por 100 eran analfabetos y un 40 por 100 de los niños de edad escolar no asistían a la escuela”, Lewis Hanke, “México avanza esforzadamente” (Caracas: *Revista Nacional de Cultura*, mayo-agosto, 1960, Núm. 140-141), pp.24-55 (Citado por Domingo Miliani, *ibid*, p.33).

<sup>11</sup> Octavio Paz, *op. cit.*, p.155.

<sup>12</sup> *Ibid*, p.162.

como la caracteriza Elena Soriano<sup>13</sup>, sin haber logrado lo que se propuso en un principio: la reivindicación de las clases trabajadoras, especialmente los campesinos, indígenas en su mayor parte y con una mentalidad "deformada por la sumisión y la ignorancia"<sup>14</sup>.

Para el mexicano de hoy, el haber presenciado el fracaso de la Revolución del pueblo, con la consecuente parálisis social y escepticismo que esta situación provoca, es un punto altamente vulnerable. Emilio Miliani señala que "la muerte de un proceso de contenidos populares, indiscutibles en sus comienzos, pero de una trágica desviación en manos de 'la burguesía más inteligente de Hispanoamérica', es un hecho que apenas comienzan a admitir las mentalidades más aguzadas y ecuanímenes"<sup>15</sup>.

La empresa de autocrítica nacional, no obstante, empieza con los novelistas-cronistas, aquellos que fueron testigos de los oscuros y apasionados años que duró la lucha, y se va intensificando con las generaciones de escritores posteriores.

Con la Revolución comenzó una literatura que, si de un lado fue una continuación y desarrollo de la novela popular del siglo XIX, por otra parte se distinguió de la misma porque el escenario urbano fue reemplazado por el rural y los protagonistas fueron campesinos. Se trajo a primer plano a la gente del pueblo, y la literatura expresó sus esperanzas, sus intereses y sus fracasos. Tal es el caso de *Los de abajo*, que puede ser considerada el modelo de la novela de la Revolución Mexicana. Esta obra presenta la Revolución desde sus comienzos, con Madero, líder revolucionario, hasta 1915, cuando la lucha armada es más encarnizada y la pugna entre los caudillos, Carranza, Zapata y Villa, más acentuada. A pesar de que la Revolución está en pleno auge cuando *Los de abajo* se publica, ya, a medio camino, se la define allí como un gran fraude y, como dijimos, sus protagonistas son hombres de campo, oprimidos, que se levantan para reclamar la posesión de la tierra que han trabajado por generaciones. Al principio, la victoria parece ser de ellos, pero las fuerzas de oposición, más experimentadas, logran reorganizarse con la eficaz ayuda de traidores y emboscados, y recuperan, multiplicados, sus privilegios y ventajas. Por otra parte, asistimos también al desgaste progresivo de los ideales revolucionarios y al desalojo de la idea de justicia social en favor de un egoísmo cada vez más acendrado, a imitación de la burguesía contra la que se luchaba.

---

<sup>13</sup> Elena Soriano, "Tres escritores de un mundo", *Indice*, 1965, 18, Núm. 196, pp. 22-24, p. 22.

<sup>14</sup> *Ibid*, p.23.

<sup>15</sup> Domingo Miliani, *op. cit.*, p.29.

En 1928 Martín Luis Guzmán publica *El águila y la serpiente* donde lleva a cabo una serie de enfoques de primer plano de los principales conductores de la Revolución. La obra más aguda de Guzmán, sin embargo, aunque no la mejor literariamente, es *La sombra del caudillo*, de 1929, la novela de "los de arriba", de los dirigentes políticos en lucha franca por el poder sin importarles ningún resultado o consecuencia. Así como Azuela inició la novela de la Revolución, Martín Luis Guzmán es el introductor de la novela de pos Revolución, es decir, de la Revolución hecha gobierno de rutina. De una manera profundamente crítica, el autor presenta el tétrico cuadro de la política mexicana de los años veinte, demostrando de qué material se hizo la Revolución y, especialmente, los efectos que produjo: un ambiente político corrompido y dirigentes corruptos y ambiciosos.

Aunque desde el punto de vista técnico *La sombra del caudillo* no contiene ninguna innovación, temáticamente inaugura la novela de ambiente político en México y sin duda ha influido en algunos escritores que posteriormente cultivaron el género dentro y fuera del país. *La sombra del caudillo* nos parece ciertamente precursora de importantes novelas como *El señor Presidente* (1946) de Miguel Ángel Asturias, *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes y *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez. Pensamos también que su influencia está reflejada en la obra de Juan Rulfo aunque la perspectiva de éste sea completamente distinta de la del novelista que trata el ambiente político. Rulfo, en efecto, se sitúa del lado del pueblo, especialmente los campesinos, que nunca llegan a conocer las maquinaciones de sus dirigentes.

Poco a poco la novela se va subjetivando y el reflejo de la realidad en la conciencia va suplantando al recuento de hechos exteriores al yo del escritor o de los protagonistas. En 1943 aparece *El luto humano*, de José Revueltas, que se caracteriza por ser la primera novela de la Revolución que pone más énfasis en los valores anímicos que en los fenómenos históricos. Efectivamente, el tema de la Revolución como un hecho histórico, tiene en esta obra menos importancia que la interpretación y valoración de sus innegables causas y efectos. Toda la frustración revolucionaria aparece concentrada en unos campesinos a quienes les han dado una tierra reseca y estéril. Su única posesión parece ser una religión siniestra con un Dios temible que sólo prodiga odio, miseria y soledad. Los protagonistas, asfixiados por el ambiente, ni siquiera esbozan una protesta; se limitan a caminar sin destino, sin objeto y sin esperanzas, mientras que el zopilote, símbolo del advenedizo beneficiario de la Revolución, espera tranquilamente la caída de los personajes para devorarlos. Estos protagonistas presentan una característica muy notoria: son individuos que se han quedado a mitad de camino, que no han llegado

a evolucionar completamente. Confundidos, marchan ciegamente sin un plan inteligentemente concebido, sin un programa, en pos de algo que ellos mismos no saben concretar. Su caminata es la misma que la del revolucionario que no sólo no avanza sino que, en cierto modo, retrocede a estadios anteriores.

En 1945 se publica *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, donde se presenta México en su momento inmediatamente previo a la Revolución, acentuando la atmósfera social sofocante, cargada de impulsos contenidos por fuerzas que buscan postergar cualquier cambio. La historia es la de un pueblo mexicano en los últimos años de la dictadura de Porfirio Díaz; un pueblo cuidadosamente aislado, supersticioso y oprimido por rígidas reglas morales pero donde, no obstante, fermentan bajo la piel incontenibles rebeldías y ansias de liberación moral, económica y social. La novela termina con la quiebra de todo el secular sistema de opresión; es la liberación de los impulsos humanos en busca de justicia que, a la larga, se verán frustrados. La novela se divide en dos partes: la primera es como una proposición de temas y la segunda es la intensificación lingüística y temática de la primera parte. Se estudian los fenómenos individualizados y luego se incorporan a una comunidad que estalla al unísono reclamando libertad aunque sin resultados positivos.

Escritores nacidos durante la Revolución son Juan José Arreola, Juan Rulfo, Octavio Paz y Alí Chumacero. Tanto Arreola como Rulfo son considerados maestros del cuento mexicano moderno<sup>16</sup>. Rulfo, además, con la publicación de *Pedro Páramo*, pasó a ocupar un lugar prominente dentro de los novelistas de la Revolución. Alí Chumacero y Octavio Paz son ambos poetas, el último también ensayista y crítico.

El más joven de entre los escritores que hemos escogido en este análisis es Carlos Fuentes, cuya novela, *La muerte de Artemio Cruz*, de 1962, es la primera tentativa de integrar literariamente la totalidad geográfica, étnica y social de México. Encarnada en el personaje principal, vemos a la burguesía que hizo suya la Revolución y que le devuelve al país un porfirismo renovado. La Revolución aparece en esta novela como un evento completamente interiorizado, constituyendo la esencia del antihéroe que es el protagonista sobresaliente: una mezcla de revanchismo, insensibilidad, arribismo y explotación. Importante también como novela del ciclo revolucionario es *La cabeza de la hidra*, del mismo autor, escrita en 1978. Esta obra muestra la culminación actual del triunfo de la contrarrevolución, es decir, de esa burguesía que, en nombre de la Revolución

---

<sup>16</sup> Véase Emmanuel Carballo, "Arreola y Rulfo", en *Recopilación de Textos sobre Juan Rulfo* (La Habana: Centro de Investigaciones Literarias, Casa de las Américas, 1969), pp.133-134.

Mexicana, se erige en poder político y sirve al capitalismo internacional conscientemente, ignorando que la Revolución no ha terminado y que los problemas sociales de México continúan intactos, acaso agravados.

Si *La sombra del caudillo*, *La muerte de Artemio Cruz* y *La cabeza de la hidra* constituyen una secuencia importantísima para conocer y adentrarse en las siniestras maquinaciones políticas que inmediatamente siguieron a la Revolución, ninguna obra literaria nos parece mejor equipada para representar a “los de abajo”, a los que sufrieron las consecuencias de esas maquinaciones, que la obra de Juan Rulfo. Rulfo, en efecto, trata del pueblo, del campesino especialmente, del que inició y “perdió” la Revolución. Nada más alejado de la obra de ambiente político que *El llano en llamas*, la colección de cuentos de 1953 y *Pedro Páramo*, novela de 1955; nada más distante del hombre público que sus personajes pobres e iletrados, y sin embargo, y por la misma razón, nada más cercano al verdadero pueblo de México, a esa gente humilde con toda su carga de desaliento, frustración y escepticismo.

Ahora bien, Rulfo no es un intelectual ni un teórico ni un agitador político. Cuando Rulfo escribe, no lo hace con el propósito consciente de formular una protesta social ni de crear un ambiente revolucionario. Rulfo escribe por el mismo impulso literario de cualquier buen escritor, es decir, por vocación, por esa necesidad interna que tienen de contar lo que ven y lo que sienten. Sucede, sin embargo, que ese mundo que describe Rulfo, ese mundo que él conoce, que lo vive y lo interpreta, es horrendo: miseria económica, crueldad, falta de justicia, ignorancia y abandono. Rulfo no denuncia, Rulfo tan sólo describe lo que ve, y al hacerlo, toda denuncia formulada se hace innecesaria.

Cada relato de Juan Rulfo degrada y desmonta una armazón mítica, a menudo carnavalesca, símil que se le ha atribuido por su parecido externo; una armazón reforzada con materiales de apariencia heroica, conveniente a una minoría dirigente, pero despojada de todo contenido humano. Rulfo, con su obra, ha iniciado la recuperación de esos valores humanos marginados sistemáticamente por una Revolución triunfante para algunos pero que dejó al margen a indígenas y campesinos, a hombres y mujeres que progresivamente fueron siendo empujados al silencio, a la miseria y a la soledad, creándoseles paulatinamente una situación de dependencia de una realidad regida por factores ajenos y fuera de todo control autónomo que provoca la incapacidad de los protagonistas de enfocar sus vidas bajo un propósito definido e independiente. El hombre así marginado, se entrega, generalmente, a una forma de conducta que repite, imita, acepta, lo dicho “desde arriba” exhibiendo, de ese modo, el carácter subordinado de su mentalidad.

La superstición, el sexo, la violencia, son sus armas para luchar contra un medio inhumano; pero guiado por esas formas de inconsciencia ante la realidad

histórica, ve al mundo ya sea como un juego donde rige el azar o como un fenómeno imposible de ser controlado por el ser humano.

La vida de los personajes de Rulfo manifiesta, efectivamente, un carácter defraudado, incapaz de penetrar el velo tendido ante sus ojos y que los obliga a ver sólo una realidad muy limitada. Sus formas de orientarse en ese estrecho, mezquino mundo que se les ofrece, se rige por creencias fetichistas, supersticiosas, que mistifican las fuerzas rectoras confundiéndolas con poderes omnímodos, mágicos, invulnerables, todopoderosos.

Esta realidad social e histórica de dependencia y subdesarrollo que ha existido desde la época de Porfirio Díaz hasta mucho más allá de la Revolución, a través de una serie de mitos con la específica función de orientar erróneamente al pueblo, oculta las verdaderas fuerzas directoras de la sociedad en la que está respaldada: la capa política nacional y los intereses foráneos a los que sirve. Esto es lo que nos ofrece el texto de Rulfo objetivamente estudiado: una colectividad no favorecida, menoscabada y dañada en una secuencia de hechos adversos.

No sólo el concepto, sino la acción revolucionaria misma se ha desvanecido, se ha anulado. No ha habido, en rigor, una Revolución. El régimen porfirista no sufrió un menoscabo de fondo. Así lo atestiguan los campesinos relegados al silencio, a la soledad, a la miseria y a la violencia como único medio de sentirse aún vivos, de *El llano en llamas*, y así lo atestiguan los muertos y semimuecos de *Pedro Páramo*, curtidos de soledad y de esperanzas frustradas. De la Revolución Mexicana sólo ha quedado una terminología, unas imágenes, decoraciones, anécdotas y motivos artísticos; es decir, elementos periféricos; pero en el fondo, un vacío total; vacío que sólo puede ser salvado mediante la recuperación de los valores que Rulfo quiere rescatar por medio de la exposición parca y casi silenciosa de la injusticia, y la esperanza abierta de que algún día la opresión y el agobio se desmoronarán "como un montón de piedras", tal como el cacique Pedro Páramo, y el mexicano recuperará su paraíso perdido: su tierra, su libertad, su dignidad.

Para cuando nace Rulfo, ya el espesor de la Revolución Mexicana estaba perdiendo tensión. En 1923, los que se van adueñando de la empresa han hecho desaparecer al último factor heroico: Pancho Villa; más tarde, con la guerra de los "Cristeros" en la que muere el padre de Rulfo, la Revolución Mexicana paulatinamente va quedando en el pasado, un pasado que se iba haciendo mito<sup>17</sup> a medida

---

<sup>17</sup> "Un Mito es una historia verdadera que ha ocurrido al comienzo del Tiempo y que sirve de modelo a los comportamientos de los humanos. Imitando los actos ejemplares de un dios o de un héroe mítico, o simplemente contando sus aventuras, el hombre de las sociedades arcaicas se separa del tiempo profano y se reúne mágicamente con el Gran Tiempo, el tiempo sagrado", Mircea Eliade, "Los mitos del mundo moderno", *La Torre* (abril-junio, 1951), pp.68-85, p.70.

que en la mente de los campesinos crecían y se agigantaban las figuras heroicas de Madero, Zapata y Villa, cuyo recuerdo se magnificaba y a los que se les atribuía poderes redentores. El hombre de la Revolución no podía aceptar su fracaso y debía creer en un redentor, en el héroe<sup>18</sup> que pudo haberlo salvado de la opresión.

La memoria del héroe, contada por los antepasados, ha ayudado a mantener la esperanza del hombre de pos Revolución a la vez que otros han descubierto la ventaja tranquilizadora que provee mantener vivo el mito de la Revolución Mexicana. Para unos y para otros, en todo caso, la Revolución no es un hecho histórico cabal de resultados lógicos, racionales, sino más bien un acontecimiento histórico deformado de acuerdo con ciertas conveniencias y, en todo caso, con resultados opuestos a sus aspiraciones. En suma, la Revolución se reduce a un mito, a un ideal con todos sus elementos heroicos y sacralizados, pero sin concreción en la historia mexicana real.

Un mito narra una historia sagrada, hechos que sucedieron en un tiempo “primordial”, al principio de los tiempos; es decir, nos narra como, mediante la acción de seres sobrenaturales, algo se hizo real, cobró existencia y pasó a formar parte del Cosmos o, al menos, de un fragmento de la realidad total. Un mito siempre, en esencia, nos habla de un acto de creación llevado a cabo por fuerzas sobrenaturales. Como historia sagrada, el mito es siempre considerado una historia verdadera, un comienzo verdadero que debe ser continuado y conservado por los hombres<sup>19</sup>. En México, en cambio, lo que queda de la epopeya es contraria y precisamente el mundo horrendo contado por Rulfo. Esto nos da la clave para afirmar que tanto *El llano en llamas* como *Pedro Páramo* han provocado, muy

---

<sup>18</sup>“The universal hero myth, for example, always refers to a powerful man or god-man who vanquishes evil in the form of dragons, serpents, monsters, demons, and so on, and who liberates his people from destruction and death. The narration or ritual repetition of sacred texts and ceremonies, and the worship of such a figure with dances, music, hymns, prayers, and sacrifices, grip the audience with numinous emotions (as if with magic spells) and exalt the individual to an identification with the hero. If we try to see such situations with the believer, we can perhaps understand how the ordinary man can be liberated from his personal impotence and misery and endowed (at least temporarily) with an almost superhuman quality. Often enough such a conviction will sustain him for a long time and give a certain style to his life. It may even set the tone of a whole society”. Carl G. Jung, Editor, *Man and His Symbols* (New York: Doubleday & Company, Inc., 1964), p.79.

<sup>19</sup>“Myth narrates a sacred history; it relates an event that took place in primordial Time, the fable time of the ‘beginnings’. In other words, myth tells how, through the deeds of Supernatural Beings, a reality came to existence”. Mircea Eliade, *Myth and Reality* (New York: Harper and Row, Publishers, 1963), p. 5.

probablemente sin proponérselo, el más tremendo, convincente y eficaz desmontaje del mito de la Revolución Mexicana, dejando al desnudo la realidad más permanente y dolorosa del pueblo mexicano: su continua postergación.

El acontecimiento, la Revolución Mexicana, ha sido objeto de múltiples tratamientos literarios siendo la mayoría de ellos genuinamente críticos como lo demuestra la serie de obras mencionadas en este trabajo. La lista de autores y de períodos importantes no pretende en lo más mínimo ser exhaustiva aunque sí significativa. No obstante, lo que creemos deducir con justicia del estudio de la narrativa sobre la Revolución Mexicana es que Juan Rulfo se nos aparece como la culminación de todo el proceso de autocritica. Su contemporaneidad con los resultados del evento histórico, el sufrimiento que la Revolución causó a él, a su familia y a gente que conoció, lo colocan sin duda en un lugar privilegiado para juzgar el tema. Sin embargo, repetimos, Rulfo no polemiza sobre la Revolución; sólo muestra unos resultados que cualquier lector imparcial puede juzgar y valorar. En sus relatos están ausentes los héroes y los “constructores” que iluminaron de prestigio la contienda, aunque sí aparezca la aventura, las acciones violentas y aun pintorescas, tanto como los sacrificios y las dignas intenciones de muchos, todo en una simbiosis que pone de manifiesto la desarticulación íntima de la tan estudiada y teorizada Revolución Mexicana.

